

NOMBRES SIGNIFICATIVOS

Rosa Navarro Durán

A Martín

Don Alonso Quijano, el hidalgo manchego, tras decidir ser caballero andante y limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos y añadirles una media celada hecha con cartones porque le faltaba a la armadura, decidió que su viejo rocín tenía que tener nombre «famoso y de estruendo» y se pasó cuatro días dándole vueltas hasta dar con «Rocinante», «nombre, a su parecer, alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo». Llegar al nombre de don Quijote para sí mismo le costó otros ocho días, y le añadió luego el de su patria llamándose, pues, «don Quijote de la Mancha» y así «a su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre de ella». ¡No podía imaginarse el hidalgo —ni tampoco su autor— lo acertado de esa última elección! ¡Cuánto iba a presumir y presume su patria de él! ¡La chica y la grande! Pero no voy a hablar de patrias, palabra tan intensa que puede llegar a producir desgarros, sino de nombres significativos, siguiendo la estela que dejó el genial hidalgo.

¿Tiene alguien alguna duda sobre el porqué llamó Clarín al caduco don Juan de *La Regenta* don Álvaro Mesía? El apellido del segundón de *Don Juan Tenorio*, don Luis Mejía, nos lleva a él; al igual que el nombre de la segunda dama, Ana de Pantoja en la obra de Zorrilla, y Ana de Ulloa en *El burlador de Sevilla*, se reencarna en la maravillosa protagonista de la novela: Ana Ozores¹. Lo de bautizarlo con el nombre de Álvaro nos lleva a otro gran personaje romántico: el protagonista de *Don Álvaro o la fuerza del sino* del duque de Rivas. Pero dejo esa genealogía literaria y voy a un nombre que eligió Galdós para un personaje femenino suyo espléndido, que condenó él a

la infelicidad desde su mismo nacimiento: Tristana. Vio la luz en 1892 (*La Regenta* lo había hecho en 1884 y 1895), y el nombre lo eligió su madre, buena lectora, porque en las comedias de la Edad de Oro encontraba abundantes Tristanes: «Adoraba el teatro antiguo, y se sabía de memoria largos parlamentos de *Don Gil de las calzas verdes*, de *La verdad sospechosa* y de *El mágico prodigioso*. Tuvo un hijo, muerto a los doce años, a quien puso el nombre de Lisardo, como si fuera de la casta de Tirso o Moreto. Su niña debía el nombre de Tristana a la pasión por aquel arte caballeresco y noble, que creó una sociedad ideal para servir constantemente de norma y ejemplo a nuestras realidades groseras y vulgares.»

Pero fue Galdós quien llevó a Josefina Solís a tomar tal decisión porque su nombre anuncia su destino, que ella también presentiría antes de que empezara a ser cierto: «A veces se me ocurren ideas tristes; por ejemplo, que seré muy desgraciada, que todos mis sueños de felicidad se convertirán en humo». Tristana le dirá a la criada Saturna: «Yo quiero vivir y ser libre» al modo de la pastora cervantina Marcela; pero... será otro su destino novelesco porque su dios Galdós así lo quiso: le cortó las alas en su vuelo literario.

Está quedando claro —me parece— que lo de los nombres de los personajes de las ficciones tiene su importancia y que algunos grandísimos escritores le hicieron caso al hidalgo manchego y escogieron nombres significativos para ellos.

Voy ahora a retroceder supuestamente al siglo XV porque se fecha hacia mitad de ese siglo una extraña novela escrita en catalán —dicen que en la corte napolitana de Alfonso V de Aragón, el Magnánimo—, *Curial e Güelfa*, cuyos protagonistas tienen nombres significativos; «Curial» significa «cortesano» y «Güelfa» nos lleva a los güelfos, que en la Edad Media italiana eran los partidarios del papa frente a los gibelinos, que lo eran del emperador; y la Güelfa —así se le llama casi siempre— no tiene

¹ No me atrevo a añadir a ello que un señor feudal gallego del siglo XIV se llamó Gonzalo Ozores de Ulloa, X señor de Ulloa, y su tío fue Gonzalo Díaz de Mesía. Quizás la historia quisiera acomodarse previamente a la ficción. En *Don Juan Tenorio* la Ulloa es doña Inés, la protagonista.

vinculación alguna con la facción que la bautiza. Son los dos nombres significativos, pero extrañamente aparecen vacíos de contenido en el relato. La Güelfa es hermana del marqués de Monferrat y se casará a los trece años con el señor de Milà —de Milán—, a la vez que la hermosa hermana de este, Andrea, lo hará con el marqués.

¿Cómo puede llamarse Andrea una bella joven milanesa si ese nombre ha sido siempre masculino en italiano? No se dice el del señor de Milà, que se muere a los dos años de casarse, y en su testamento ordena que «la Güelfa, ab marit e sens marit, fos senyora de Milà» —curiosa precisión testamentaria—, aunque acabará yendo a vivir con su hermano a Monferrat, donde va a conocer al joven y apuesto Curial, que sirve al marqués. No nos asombramos en absoluto de que el descubridor del texto sea Manuel Milà i Fontanals, cuyo apellido coincide con el nombre de la mencionada ciudad italiana ni tampoco de que Monferrat —Monferrato— tenga grafía tan cercana a Montserrat (la ese alta era muy semejante a una efe). Pero no podemos menos de espantarnos al descubrir en la novela los nombres de las hijas del duque de Baviera: la mayor se llama Cloto, y la menor, hermosa joven de quince años, ¡Laquesis!

En su glosa al libro primero de la *Eneida* dice Enrique de Villena²: «Dijeron los poetas que tres fadas eran que fadaban todos los omes en sus nascimientos, a las cuales llamaban Clotho, Lacchesis e Antropos; e que Clotho trae la rueca e Lacchesis tiraba el filo e ordía la tela e Antropos la cortaba».

La tercera de las Parcas, Ántropos, sí que aparece como tal en el *Curial* porque le dice Melchior de Pando, el consejero de la Güelfa, al joven: «Curial, aquesta doncella pot haver nom Laquesis, mas ella és Ántropos», y más adelante se la definirá como la que amenaza a todos los vivos con su cuchillo afilado. Está claro que el autor del relato sabe muy bien que Laquesis y Cloto son nombres de dos Parcas y a pesar de ello bautiza con su nombre a las dos hermosas jóvenes bávaras.

Me resulta inimaginable que un escritor del xv se atreva a tanto, pero sí puedo verlo como una luz roja que puso en el texto su autor: un cultísimo y muy inteligente

² Si aporoto esta obra como testimonio es porque la hermosa mora Camar leía la *Eneida* de Virgilio, libro que tenía glosado y moralizado en lengua materna ya que el rey de Túnez se lo había regalado a su padre; y el cautivo Curial —que se hace llamar Joan— se sabía muy bien todo Virgilio y le declaraba lugares que ella no entendía (lib. III del *Curial e Güelfa*).

romanista, Manuel Milà i Fontanals, que creó en los años sesenta del XIX una muy divertida y genial falsificación (en 1876 comunica su descubrimiento del manuscrito). No eran los tiempos de Enrique de Villena, sino de un admirador de Walter Scott y contemporáneo de Richard Wagner³.

Regreso al comienzo y al *Quijote*, porque no solo fue el hidalgo manchego el que meditó largamente los nombres, sino también su creador, Miguel de Cervantes. Y ahí, al principio del texto, los vemos a los dos imaginando a la vez, porque don Quijote se dio cuenta «de que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse»; no le fue fácil al caballero llegar a encontrar a la señora de sus pensamientos, y cuando lo hizo, tuvo de nuevo que ponerse a buscarle un nombre «que no desdijese mucho del suyo y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora», y lo encontró: «Dulcinea del Toboso», porque Aldonza Lorenzo, la moza labradora que se le pintó en el recuerdo, era del Toboso; y acaba ese primer capítulo de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* diciendo el narrador que ese nombre era «a su parecer, músico y peregrino y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto».

No nos cabe duda de ello porque si hay un nombre dulce es el de Dulcinea, y tampoco la tenemos de que sigue la estela del de Melibea; y con tanto dulce en el nombre le cuadra muy bien ese Toboso de la villa manchega, porque significa formado de piedra toba, caliza; y lo hace porque la toba de los dientes es el sarro. Y es nombre, por tanto, muy significativo, como el del caballero andante; porque si el quijote es la prenda de la armadura que cubre el muslo, el apelativo de su patria, La Mancha, tiene la virtud de significar otra cosa, que contrasta por completo con el nombre del héroe del libro de caballerías preferido del licenciado Pero Pérez, el cura, ... y de Cervantes: Tirante el Blanco. De ahí esa genial dilogía del comienzo de la obra: «En un lugar de la Mancha...», donde «lugar» significa «aldea», pero permite unir su otro sentido, el de «sitio», con el nombre común que coincide con el del topónimo. Cuando la voz

³ En 1865 se estrena la ópera de Wagner *Tristan und Isolde*, y curiosamente esa pareja de enamorados se nombran así, «Tristany e Ysolda», en el *Curial e Güelfa*, ella con el nombre alemán, que arranca del poema germánico del siglo XIII de Gottfried von Strassburg, y no con el de Iseult, el nombre con que aparece en los poemas franceses del s. XIII, traducido al castellano como Iseo (así está en el *Tristán de Leonís*, de 1501, o en *Don Quijote*, 1^a, XLIX).

disfrazada del barbero formula la profecía al enjaulado don Quijote, dice que su prisión acabará «cuando el furibundo león manchado con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno» 1^o, XLVI, y el caballero la entiende perfectamente porque se identifica con ese «furibundo león *manchado*», y es ese adjetivo el que le permite hacerlo.

El propio don Quijote le cuenta a Sancho cómo Amadís, desdeñado de Oriana, se fue a hacer penitencia a la Peña Pobre y mudó su nombre en el de *Beltenebros*; «nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido», 1^a, XXV. El camino de Cervantes es otro —el de la ironía— y nos lo demuestra también al llamarle «Sancho» al labrador-escudero cuando era bien conocido el refrán que decía que «al buen callar llaman Sancho»; el escudero, cuando su señor le eche en cara cómo ensarta sin parar refranes, lo cita y, haciéndolo verdad, calla otros cuatro: «Y ahora se me ofrecen cuatro que venían aquí pintiparados, o como peras en tabaque, pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho», 2^a, XLIII. Don Quijote niega la identificación diciéndole furioso: «Ese Sancho no eres tú —dijo don Quijote—, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar», pero... él, como nosotros, tiene curiosidad por saber esos cuatro refranes que se le habían ocurrido a Sancho a propósito de lo dicho.

En la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia* de Sancho de Muñón (Salamanca, 1542), Siro, mozo de espuela de Lisandro, hablando con su compañero Geta, cita el refrán y poco después este le cuenta que «Panza es un santo que celebran los estudiantes en la fiesta de Santantruejo, que le llaman santo de hartura»; ya Menéndez Pelayo señaló la curiosa coincidencia: ¿se le ocurriría el apellido a Cervantes por haber leído la obra? En cualquier caso lo convirtió en significativo como señala el narrador al ver la figura del escudero pintada en el cartapacio comprado en el Alcaná de Toledo: «Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía «Sancho Zancas», y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga

grande, el talle corto y las zancas largas, y por eso se le debió de poner nombre de «Panza» y de «Zancas», que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia», 1^a, IX.

Pero Cervantes no solo juega con nombres significativos, sino que los convierte en guiños a su gran enemigo de esos años, Lope de Vega. Como ejemplo, están las palabras que el comediógrafo escribió al duque de Sessa, en carta del 2 de marzo de 1612, diciéndole que en una academia leyó unos versos «con unos antojos de Cervantes que parecían huevos estrellados mal hechos». ¿Cómo se llama la protagonista de la novela *El curioso impertinente* que lee el cura en la venta de Juan Palomeque el Zurdo? Camila. Escuchan muy atentos el relato Dorotea y Cardenio —llamado el Roto antes de saber su identidad—, y pronto aparecerán en la venta sus respectivas parejas: Don Fernando y Luscinda. Si unimos el nombre de Camila al de Luscinda o Lucinda, tenemos el que le dio Lope a Micaela de Luján, su amante de esos años (1593 a 1608), a la que cantó en sus *Rimas* como Lucinda o en *El peregrino en su patria* (1603), en cuyos preliminares el poeta incluyó el soneto laudatorio «De Camila Lucinda al “Peregrino”» —que él escribió porque ella era analfabeta—. Cardenio es personaje de su *Arcadia* (1598), y de él se dice «que de todas aquellas riberas era llamado el Rústico».

¿Y la pareja formada por Dorotea y don Fernando? Pues para encontrarla tendremos que avanzar unos años, ir a la magnífica obra de senectud de Lope de Vega, *La Dorotea* (1632) y veremos cómo sus protagonistas se llaman precisamente así; y en ella don Fernando es Lope; y Dorotea, Elena Osorio. Es como si Lope, ya al final de su creación novelesca, decidiera seguir el juego de nombres que había hecho su genial enemigo y asumió la otra pareja amorosa del *Quijote* para contar a su manera un episodio de su compleja vida amorosa, el primero.

Algunos nombres fueron, pues, significativos desde su elección en las ficciones, y otros tomaron un peculiar sentido con los años: lo mismo sucede en la vida. ■ ■